

Telescopio invertido

Desde la terraza veíamos la ciudad salpicada por un último rayo de sol que le embadurnaba lo cimero, mientras en lo hondo la sombra cubicaba las calles.

Nos atrajo una voz juvenil, y fué entonces cuando nos inclinamos sobre el patio de la casa.

Y lo buceamos, con ese especial interés que buceamos siempre en las pobres cosas que parecen exentas de todo signo emocional, porque sabemos que en todas existe un alma vaga, trémula del deseo de concretarse, anhelante de ser sorprendida, de ser valorada en su capacidad de humanización.

Y al inclinarnos sobre aquella oquedad, un vaho tibio y viscoso de humedad subterránea se nos pegó a la cara.

Todos habréis visto alguna vez un patio. Pero seguramente lo habréis visto desde una ventana, acaso desde esa última ventana desde donde parece que podremos correr y descorrer, a voluntad, el toldo celeste.

Ver el patio desde una ventana es estar dentro de él; es integrar un poco su vida subterránea, estar sumergidos en su atmósfera de excepción, careciendo de la perspectiva necesaria para captar todo su dramatismo.

Pero nosotros lo mirábamos desde arriba, desde el aeroplano de la terraza, abarcándolo en su totalidad objetiva, midiendo bien sus cuatro ángulos.

Le mirábamos por su mismo telescopio, buscándole las entrañas, afanándonos por discriminar sus esencias.

No era ese patio de la casa humilde y populosa donde el venero de vida brota con la misma eclosión desgarrada y jovial de la calle; era un patio de casa distinguida, un patio cuadrado y estrecho, en el que sólo desembocaba el cotidianismo espeso de las cocinas.

Y en esto radicaba su vida propia; una vida con sus características exclusivas—ruido, luz, habitantes. (Extraños habitantes estos que los domingos invaden las calles de la ciudad con su júbilo demasiado desvergonzado para su aire

cohibido y torpe de irrumpir en la vida de los otros.)

Los habitantes de estos patios tendrán un alma tubular—un reducto sin salida—, y acabarán obcecados y turbios de tanto girar dentro de sí mismos, de tanto tropezarse contra las propias paredes.

Pensábamos en los hipogeos, en las ergástulas, en todos los lugares de suplicio.

Una vida borrosa y atosigada ascendía por aquella boca oscura, y percibía-

La Gaceta Literaria

Apartado 33

mos el *gluglú* de su esfuerzo por romper la densidad glutinosa de su aire estancado, por salir afuera e incorporarse a la dinámica del viento que hace girar alegremente las veletas voltigeando una teoría de horizontes.

Estanques muertos, opacos; estanques ciegos los patios imposibilitados de reflejar los días que pasan sobre ellos. La vida se les ha quedado anquilosada entre sus cuatro paredes. Su luz antigua lucha en vano por disolver totalmente ese cuajarón de noche auténtica—fluencias de subsuelo—que se le ha helado en el fondo, y que a esta hora la vemos hincharse, crecer, agigantarse, rebosar y desbordarse, y envolvernos, ahumándolo todo, oxidándolo todo.

Pensamos si no saldrá de los patios esa hora del crepúsculo que parece quedar un momento suspendida sobre la ciudad como un grito contenido.

Si no será una contaminación ese jaeo casi imperceptible—no sabemos si de cansancio o de impulso domeñado—que precede a la eclosión nocturna en las ciudades.

Ese minuto corrosivo que disuelve en nosotros toda trascendencia, y nos ablanda, y nos derrite nuestras durezas, fundiéndonos y amalgamándonos con todo en una vaguedad de fuera del tiempo, donde ya ha dejado de gotear la cleidra simbólica.

Tal vez es un producto de los patios, un desbordarse de los patios esta hora de tránsito que nos da a todos ese aire azorado y ausente de gentes exiliadas.

LUCIANO DE SAN-SAOR

Figueras

ecos feudal”

ETAS

Tití no quiere novio Telescopio invertido

Tití cogió del brazo a Amelia y la arrastró a través de la vía, sin tener en cuenta la avalancha de vehículos y la señal roja del disco.

En medio de la calle, mientras aguardaba a que pasaran cinco o seis automóviles, disparados por Alcalá hacia la Puerta del Sol, Amelia preguntó por aquel brusco cambio de ruta.

—¡Tonta! ¿No has visto que nos siguen dos pollos?

Volvieron la mirada a un mismo tiempo. Estaban allí, efectivamente, cogidos también del brazo y un poco asombrados de aquella intrepidez femenina.

—¿Y quiénes son? ¿Tú los conoces?

—No. No los conozco. ¿Y qué más da uno que otro? Es estúpido el amor...

—¿Por qué?

—Es estúpido el amor entre una mujer y un hombre...

Amelia sonreía a la afirmación de Tití.

—¡Quién te conoce!

Ganaron el otro trecho de la calzada.

Amelia sintió subírsele un súbito rubor al rostro.

—¡Qué cosas tienes!

Para disimular abrió el bolso de mano, cogió el "rojo" y se lo pasó por los labios.

Tití sonreía triunfal.

Pero estaban aún allí los perseguidores, inmóviles justo a uno de los postes de periódicos, firmes en la contemplación de las dos muchachas.

Amelia los sonreía levemente, a despecho de Tití.

El camarero trajo los aperitivos.

Después se acercó una florista, en la izquierda se cantilló de violetas.

—Estos ramos para las señoritas...

Amelia se echó a reír de pronto. Fué a cogerlos. Pero Tití los arrebató y, dejándolos sobre la mesa de cristal, contestó a la florista:

—¿De aquellos pollos, verdad?

—Sí.

—¡Está bien!

Fué inútil el asedio de los dos muchachos.

J. BENTATA

"El Juglar de los Zocos"

4 PESETAS

C. I. A. P.—LIBRERÍA FERNANDO FEL, Puerta del Sol, 15, MADRID

Sonó el timbre de señales y, al detenerse la avalancha de vehículos, Tití hizo observar con inquietud a Amelia:

—¡Fíjate! ¡Nos siguen todavía!

Los perseguidores habían, en efecto, atravesado a la vez la calle. Uno de ellos, el más alto, encendió un cigarrillo, se quitó el "póma" y cogió a su compañero nuevamente del brazo.

Amelia los miraba de reojo. Tití actuaba un molin de desprecio.

Se sentaron las dos amigas en la terraza de un café. Pidieron unos aperitivos.

Era la hora espléndida y vertiginosa del mediodía.

Tití no se soltaba del brazo de Amelia. La miraba golosamente a los grandes ojos de amatista y a la boca fresca y sensual.

—¡Estás guapa!

—¿Yo?

—Sí. ¡Estás más guapa que nunca!

Y fíjate. Nunca me había dado tan perfecta cuenta de cilo como hoy.

chos. Abandonaron el quiosco tras otra pareja encantadora —juventud, claros vestidos de seda—, no sin enviar, antes, un saludo a las dos amigas.

Tití exclamó:

—¡Estúpido!

Y Amelia:

—Estúpidos... ¿por qué?

—Porque el amor entre un hombre y una mujer es cosa vieja...

—¿Entonces?

Tití se echó a reír escandalosamente:

—Mira: estos ramos de violetas te los regalo yo...

C. PUERTAS DE RAEDO

Desde la terraza veíamos la ciudad salpicada por un último rayo de sol que le embadurnaba lo cimero, mientras en lo hondo la sombra cubicaba las calles.

Nos atrajo una voz juvenil, y fué entonces cuando nos inclinamos sobre el patio de la casa.

Y lo buscamos, con ese especial interés que buscamos siempre en las pobres cosas que parecen exentas de todo signo emocional, porque sabemos que en todas existe un alma vaga, trémula del deseo de concretarse, anhelante de ser sorprendida, de ser valorada en su capacidad de humanización.

Y al inclinamos sobre aquella oquedad, un vaho tibio y viscoso de humedad subterránea se nos pegó a la cara.

Todos habríamos visto alguna vez un patio. Pero seguramente lo habríamos visto desde una ventana, acaso desde esa última ventana desde donde parece que podemos correr y descorrer, a voluntad, el toldo celeste.

Ver el patio desde una ventana es estar dentro de él; es integrar un poco su vida subterránea, estar sumergidos en su atmósfera de excepción, careciendo de la perspectiva necesaria para captar todo su dramatismo.

Pero nosotros lo miráramos desde arriba, desde el aeroplano de la terraza, abarcándolo en su totalidad objetiva, midiendo bien sus cuatro ángulos.

Le miráramos por su mismo telescopio, buscándole las entrañas, afanándonos por describir sus esencias.

No era ese patio de la casa humilde y populosa donde el venero de vida beata con la misma eclusión desgarrada y jovial de la calle; era un patio de casa distinguida, un patio cuadrado y estrecho, en el que sólo desembocaba el colchismo espeso de las cocinas.

Y en esto radicaba su vida propia; una vida con sus características exclusivas—ruido, luz, habitatas. (Extraños habitantes entre que los domingos invaden las calles de la ciudad con su júbilo demasiado desvergonzado para su aire

cohibido y torpe de irrumpir en la vida de los otros.)

Los habitantes de estos patios tendrían un alma tubular—un reducto sin salida—, y acabarían obocados y turbias de tanto girar dentro de sí mismos, de tanto tropezarse contra las propias paredes.

Pensáramos en los hipogeos, en las ergástulas, en todos los lugares de suplicio.

Una vida borrosa y atascada ascendía por aquella boca oscura, y percibía-

La Gaceta Literaria

Apartado 33

mos el plágio de su esfuerzo por romper la densidad glutinosa de su aire estancado, por salir afuera e incorporarse a la dinámica del viento que hace gear alegremente las violetas voligando una teoría de horizontes.

Estaqueos muertos, opacos; estaqueos ciegos los patios imposibilitados de reflejar los días que pasan sobre ellos. La vida se les ha quedado anquilosada entre sus cuatro paredes. Su luz antigua lucha en vano por disolver totalmente ese coajardo de noche auténtica—fluencias de subsuelo—que se le ha helado en el fondo, y que a esta hora la vemos hincharse, crecer, agigantarse, rebosar y desbordarse, y envolvernos, ahumándolo todo, oxidándolo todo.

Pensamos si no saldrá de los patios esa hora del crepúsculo que parece quedar un momento suspendida sobre la ciudad como un grito contenido.

Si no será una contaminación ese jade casi imperceptible—no sabemos si de cansancio o de impulso domeñado—que precede a la eclusión nocturna en las ciudades.

Este minuto corrosivo que disuelve en nosotros toda trascendencia, y nos abandona, y nos derriba nuestras durezas, fundiéndonos y amalgamándonos con todo en una vaguedad de fuera del tiempo, donde ya ha dejado de gotear la cledia simbólica.

Tal vez es un producto de los patios, de tropezarse de los patios esta hora de tránsito que nos da a todos ese aire azoroso y ausente de gentes exiliadas.

LUCIANO DE SAN-SAOR

García Figueras

"Del Marruecos feudal"

4 PESETAS

C. I. A. P.—LIBRERÍA FERNANDO FEL, Puerta del Sol, 15, MADRID

Visado por la censura

La Gaceta Literaria

iberica, americana, internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMÉNEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

30 CENTIMOS

ABONACIÓN	España y Fuera del Continente
ANUAL (12 números)	postales 2,50 pesetas
ANUAL (12 números)	americanas 3,50 pesetas
ANUAL (12 números)	francesas 4,00 pesetas
ANUAL (12 números)	10 en la zona del correo A
ANUAL (12 números)	PAISAJES DE ABONACIÓN
ANUAL (12 números)	Diciembre 1930 20 %
ANUAL (12 números)	enero 20 %

Año IV Madrid, 15 de Septiembre de 1930 Núm. 90

Redacción y Administración:

PRÍNCIPE DE BURGARA, 42 y 44

Desde este día debe pagarse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones en las principales librerías

Exclusiva de la publicación de "LA GACETA LITERARIA" RUDOLF MOSSE IBERICA, S. A., EN MADRID: Nicolás María Rivero, 11.—Teléfono 15925. EN BARCELONA: Rambla de Cataluña, 15.—Teléfono 37126.

LITERATURA DEL MUNDO

Márgenes sobre libros, revistas, figuras

Por E. GIMÉNEZ CABALLERO

Españolistas del "Querachtit"

El Querachtit, de Berlín, tiene ya—de por sí—los colores nacionales de España. Rojo, amarillo. El Querachtit es una auténtica revista mundial. Opera con ángulos y visiones insospechadas del planeta. Tiene ese sentido germánico de lo desocultado y de lo profundo que constituye la esencia originalidad alemana. Su sistema de caricaturas heterogéneas ha producido ya toda una escuela de la que Bélgica, Francia y otros países dan vivas muestras. La narrativa de lo fotográfico adquiere en las narices por las del Querachtit una trascen-



decia inusitada. Tan pronto investiga fenómenos raros, como zambos negros, como denudas de mujeres, como perros, arañas, rocas, piedras, plantas. Me inclino lo temerario experimento de su poesía—con la poesía, experimento su información.

España ha caído más de una vez bajo su objetivo. Ya en 1926 dedicó un número íntegro, en el que colaboraron varios escritores españoles, pintores, toreros, bailarinas, futbolistas y otra fauna del pintoresco español. Ahora, en el número de julio, Querachtit, una detenerse un poco con el kaiser y la guerra, y con Budapest—enfoca a Rumanía y a España. Con esa su característica y delicias arbitrariedad.

De España toma lo siguiente: unas Gravuras de Ramón, una Escultura Ajá, una sin de Paul Cahun-Portinari, una afirmación de Castilla (Kastilien, nicht Andalusien) de Käthe Wilkczynski, y una antigüedad a Portugal de Anzenmayer Juan. Los gravados que reproducen son unos dibujos a pluma—feisinosos—de la Wilkczynski; dos caricaturas de Bagaria; una calle central de Barcelona desfilando un rebulo de ovejas; un ángulo del Rastro de Madrid; el chavito de Guadalupe sirviendo de garaje; la rúa del Villar de Santiago de Compostela; el parente de don Pedro en Oporto; el retrato de Gómez de la Serna y una quista portuuesa de Am. Juan. Por cierto que la Wilkczynski es más exacta en sus dibujos que en su literatura geográfica. Así, para afirmar algunas posturas de Castilla, trasciende su nombre de la siguiente manera: "Madona" (3), "Uracna", "Paregnand", "Turaganoffi. No se puede llegar a más población de Castilla.

Sales y la crítica española

Intenido por el *New Yorker Zeitung* he comenzado a fijar el movimiento literario español, con folletos periódicos, en Suiza. Recientemente se me ha solicitado un ensayo de conjunto sobre la Crítica en España. Me he visto apurado para lograr un *literarischer Scherben für zur literarischen Kritik der Gegenwart*. Nuestra ausencia de manuales, de monografías exhaustivas, hace estas labores difíciles. Desde la Edad Media hasta los críticos más jóvenes del momento presente—logré una línea de ideas, que me han reconocido como útil los buenos amigos suizos.

"La Caravana Europea"

Otra nueva posición. He recibido también petición de introducir, en un ensayo de conjunto, toda la España literaria de postguerra (1918-1929) para una gran antología española que va a publicarse en New-York con el título de *The European Caravan*. En esta antología, aparte de estas introducciones de cada gran nación literaria, habrá una selección de la obra de cada autor significativo.

SUMARIO

E. Giménez Caballero: Márgenes sobre libros, revistas, figuras.—Los premios y el usar el libro.—Matos: Novedades literarias.—Juan Piqueras: Gaceta del cine.—E. Marcuani: A propósito de Mulet.—R. Moreno: El jardín de la Iroska.—C. Puertas: Titi no quiere novio.—Lactano de San-Sacri: Telescopio invertido.—Miguel Pérez: Las musas quietas del hombre que vive.—Boris Chiratchoff: Nota sobre la literatura búlgara.—Aparicio: Carta abierta.—Teófilo Ortega: En torno a la poesía arábiga española.—Pedro G. Arias: Una conferencia en el Lycéum Club.—María Mouzel: Poemas.—E. Ledesma Ramon: El concepto católico de la vida.—Jorge Rubio: Una biografía.—Los libros inmediatos.—Los obligacionistas de Gabriel Miró.—José Palau: La visión cinematográfica.—Antonio Oleguín y Chorro: Poema del automóvil.—Alejandro Collantes: Dos coplas.—Escaparate de libros.—Agustín Millares y Jenzaro Artiles: Bibliografía de la quincena.

"La Gaceta Literaria" y los Estados Unidos

Tiene LA GACETA LITERARIA una cordial acogida en el *folkishismo* norteamericano. No sólo llega a casi todas las Universidades, sino que por algunas asociaciones de profesores ha sido reconocida como el mejor órgano de "lingua española literaria de tipo general" y recomendada oficialmente. Ahora, el editor de *Book Abroad* me ha solicitado, como director, un ensayo sobre la vida de este período de literatura, el más permanente y objetivo del mundo hispanoamericano.

Los escritores y el viaje

Recientemente, el *Literarische Welt*, de Berlín, ha realizado una encuesta sobre el viaje al extranjero para el escritor. Arnold Zweig reconoce una beneficiosa influencia. Josef Fonten visita para dar puestas necesarias en su obra. Enrique Maza, según en el Asia, Walter Mehring ve un estímulo en el viaje tan fuerte como el apalazo, el alcohol.

Concursos y Premios

DE LA GACETA LITERARIA

Premio Marañón

500 PESETAS

al mejor "ENSAYO sobre algún libro de Biología publicado en estos dos últimos años".

Premio Maura

1.000 PESETAS

al mejor "Monografía de Historia Literaria española".

Premio Cambó

1.000 PESETAS

al mejor ENSAYO de "Bibliografía Berlín", de autor español o portugués.

"PREMIO UNIVERSITARIO

Giménez Caballero

200 PESETAS

en su publicación en "Los Cendones de LA GACETA LITERARIA", a los mejores "NOTAS UNIVERSITARIAS", que reflejen más cortosamente la vida y conciencia del estudiante español actual.

La admisión de originales quedará cerrada el 1.º de octubre de 1930. Deberán dirigirse a la Dirección de LA GACETA LITERARIA, Principo de Vergara, 42 y 44, Madrid.

Premio Estival

En Italia se ha concedido un premio de diez mil liras al mejor libro escrito entre dos versanos, con el título de la estación veneciana: *Kiavogio*. Fue distribuido a dos libros: *Il piacere molate*, de Amadeo Baggi, y *Il Ritorno alla Patria*, de Lorenzo Viani.

Un diccionario de artistas

Una casa de París ha emprendido la edición de un *Dictionnaire biographique des Artistes contemporains 1910-1930*, bajo la guía de Casson, Dayot, Fontaine, Felt, Mauchail, Mourey, Waxaelles y Waldemar George. Va por la letra E.

El reclamo y la cultura

He leído con fruición—evocaciones—el gran ensayo de Theodore Liddecke, traducido por Revista de Occidente, de Madrid, sobre "El reclamo y su influencia sobre la economía de la cultura". Recordó aquel profesor (Louis Augé) peculiar, pedante, espiritual, que daba cursos de publicidad en la Escuela Superior de Comercio en Estrasburgo. Recordó sus conversaciones—conmigo—cualitativas. Conversaciones a las que debo una parte de mi libro *Cervantes*, la sugente. Liddecke media bien sobre el reclamo. Pero le falta algo de poesía. Atento a que los hombres graves consideren la practicidad de su indagación, desconfía a los hombres ingenuos que ven en la noche de ciudad el asomo luminoso, el cartel de neón, como apariciones hechas y divinas en ángulo silimónico de catedral—a estúpida.

Los médicos de los escritores

Acaba de morir en Ginebra Edouard An-